

acompañar á mister Dombey hasta la puerta de la calle. Fué esta precipitación causa de que, arrollada mistress Pipchin no pudiera hacer presa en Florencia, la cual, aprovechándose de esta circunstancia feliz corrió hacia su hermano y le abrazó, siendo de este modo la última en la despedida y su rostro el último que Pablo dejó de ver en la puerta, animándole con su sonrisa.

Cuando desapareció aquella sonrisa sintió el niño que el corazón le latía con fuerza y que la angustia oprimía su pecho. Las esferas, los libros, Homero, Minerva, parecían bailar por el despacho. Pero de pronto se pararon, todo entró en orden : ya no se escuchó más que el acompasado reloj del vestibulo, que, gravemente, seguía preguntando ¿Cómo-va-mi ami-guito? ¿Cómo-va-mi ami-guito?

Pablo en su pedestal, con los brazos cruzados, escuchaba en silencio. Pero hubiera podido contestar : « Triste, triste, muy solitario, y afligido ». Vacío su joven corazón, rodeado de aquella gente fría; sombría, extraña, Pablo entraba en la vida como en casa sin muebles, las paredes desnudas, en espera de un tapicero que no ha de llegar nunca...

## CAPÍTULO XII

### EDUCACIÓN DE PABLO

Pasados unos cuantos minutos, que parecieron inmenso tiempo á Pablo Dombey, volvió el doctor á su despacho. El paso del doctor era majestuoso, calculado para producir en los ánimos juveniles una impresión de lo solemne. Era algo como un paso militar, pero de esta manera : cuando adelantaba la pierna derecha giraba un poco hacia la izquierda, y cuando adelantaba la pierna izquierda giraba un poco á la derecha. Parecía que á cada paso se detenía para mirar en derredor preguntando : « ¿ Quién tiene la bondad de decirme si hay algo, en cualquiera materia, que yo ignore? Paréceme que no. »

Con el doctor volvían su señora y su hija. El doctor levantó de la mesa á su nuevo discípulo y lo puso en manos de mistress Blimber.

— Cornelia, — dijo el doctor, — Dombey debe comenzar sus estudios bajo tu dirección; hay que apretarle, hay que apretarle.

Miss Blimber se hizo cargo de Pablo, el cual al ver las gafas encaradas en él, bajó los ojos.

— ¿ Qué edad tiene usted, Dombey? — le preguntó miss Blimber.

— Seis años; — contestó Pablo, considerando sorprendido, después de mirarla de reojo, que no tenía el pelo largo como Florencia y que parecía un muchacho.

— ¿Cómo está usted en punto á gramática latina? — dijo miss Blimber.

— No sé nada; — repuso Pablo. Pero comprendiendo que aquella contestación había lastimado la sensibilidad de miss Blimber, alzó la vista hacia las tres caras que se inclinaban para mirarle, y añadió:

— No estaba bueno; he sido muy delicado de pequeño; no podía aprender gramática latina porque pasaba el día fuera de casa con el viejo Glubb. Me gustaría que viniese á verme el viejo Glubb, si ustedes quieren.

— ¡Qué horrible nombre! (1) — exclamó miss Blimber. — De ningún modo clásico. ¿Quién es ese monstruo?

— ¿Qué monstruo? — preguntó Pablo.

— Glubb, — dijo miss Blimber con gran disgusto.

— No es más monstruo que usted; — repuso Pablo.

— ¡Qué horror! — gritó el doctor con terrible voz.

— ¿Qué es lo que oigo, qué es esto?

Pablo se quedó completamente asustado; pero, aunque temblando, salió á la defensa de Glubb, ausente.

— Es un buen hombre; — dijo. — Es el que empujaba mi coche. Conoce todo lo del mar, hasta el fondo, los peces que hay, y los grandes monstruos que salen á tomar el sol en las rocas y que se vuelven otra vez al agua si se les da miedo, y soplan y saltan con tanto

(1) La radical de este nombre propio parece ser *Glue*, cola de pegar, cosa pegajosa. (N. del T.)

ruido, que se les oye á muchas millas. Hay otros animales — continuó Pablo dejándose llevar por el interés del relato — que tienen yo no sé cuántas yardas de largo y que se llaman no sé cómo; pero Florencia sí lo sabe. Estos animales fingen que les ocurre una desgracia, y cuando un hombre se acerca á socorrerles se echan encima de él para tragárselo. Entonces — añadió Pablo dando atrevidamente un consejo al doctor — no queda más remedio que echar á correr en redondo; porque como estos animales son muy pesados y muy largos, no dan vuelta de prisa y puede uno escapar. Y aunque el viejo Glubb no sabe por qué, el mar me hace pensar en mamá, que ha muerto, y aunque no sabe tampoco qué es lo que está diciendo siempre el mar, otras cosas sí sabe y conoce mucho el mar, hasta el fondo. Me gustaría que viniese á verme; — dijo Pablo para concluir perdiendo su aplomo y su vivacidad al contemplar otra vez las caras que le estaban mirando; — me gustaría que viniese á verme, si ustedes quieren, porque le conozco muy bien y él también me conoce.

— ¡Ah! ¡Valiente cosa! Afortunadamente el estudio cambiará todo esto; — dijo moviendo la cabeza el doctor Blimber.

Mistress Blimber opinó, con cierta especie de estremecimiento, que aquel niño era incomprensible, y, salvo la diferencia de cara, le contempló como solía hacerlo mistress Pipchin.

— Paséale por la casa, Cornelia; — dijo el doctor, — para que vaya familiarizándose con su nueva esfera. Vaya usted con esta señorita, señor Dombey.

Dombey obedeció, dió la mano á la abstrusa Cornelia, y mirando con tímida curiosidad á sus gafas, salió con ella. Y como las gafas por efecto de la luz

que se reflejaba en los cristales, daban á la fisonomía de miss Blimber un aire misterioso, no sabiéndose de qué lado miraba, Pablo se preguntaba, inquieto, si realmente aquella mujer tenía ojos.

Cornelia le llevó primeramente á la clase, que estaba situada detrás del vestíbulo, y á la que daban paso dos puertas acolchadas para amortiguar el ruido y la voz de los alumnos. Hallábanse en la clase ocho jóvenes, en diferentes grados de postración mental, todos muy metidos en el trabajo y muy graves. Toots, en su calidad de más antiguo, ocupaba, él solo, una mesa situada en una esquina; y detrás de esta mesa, le pareció á Pablo que había un señor magnífico y viejísimo.

Mister Feeder B. A., estaba sentado detrás de otra mesa; había estacionado el organillo en Virgilio, y tocaba esta pieza lentamente para enseñanza de cuatro alumnos. De los otros cuatro, dos, dándose convulsivas palmadas en la frente, se empeñaban en resolver problemas matemáticos; uno, con cara de haber llorado mucho, sucia como una ventana manchada por la lluvia, hacía desesperados esfuerzos por salir, antes de comer, de un laberinto de números y líneas; finalmente, el otro restante, permanecía ante su tarea estupefacto, con atónita desesperación — y probablemente estaba así desde la hora del almuerzo.

La aparición de un nuevo alumno no produjo la sensación que podía esperarse. Mister Feeder B. A. (que tenía la costumbre de afeitarse lo alto de la cabeza para tener menos calor, á pesar de que ya estaba casi calvo) tendió á Pablo una mano huesosa y le dijo que se alegraba mucho de verle — si Pablo hubiera contestado que también, recíprocamente, se alegraba,

no habría sido sincero. Luego, conforme á las instrucciones de Cornelia, dió Pablo un apretón de manos á cada uno de los cuatro jóvenes que rodeaban á mister Feeder; después á los dos que seguían sumidos en los problemas, á continuación al que tenía la cara sucia y manchada de tinta, esforzándose en concluir á tiempo su trabajo; en fin, al joven que, en estado de estupefacción, permanecía inerte.

Pablo había sido presentado ya á Toots, de modo que éste se limitó á reír y respirar fuerte, como era su costumbre, prosiguiendo la ocupación en que estaba empeñado. No era esta ocupación muy importante, pues Toots, como ya lo hemos dicho, sabía todo lo que era capaz de saber (no era mucho), y no teniendo ya que dar fruto, el doctor le dejaba hacer lo que mejor le parecía para terminar sus estudios. Lo que mejor le parecía á Toots, en orden á perfeccionar sus estudios, era escribirse á sí mismo cartas, muy largas, como si se las remitiesen personas de mucha distinción y dirigidas á *P. Toots, Esquire, Brighton, Sussex*. Toots coleccionaba estas cartas, guardándolas cuidadosamente en el cajón de su mesa.

Terminadas estas ceremonias, Cornelia llevó á Pablo al piso alto de la casa; no fué subida fácil, porque Pablo tenía que ir escalón por escalón. En fin, llegaron al término de la subida, y allí, en un cuarto que daba al mar, Cornelia le mostró una linda camita de cortinajes blancos, colocada junto á la ventana, y encima de la cual, en una cartulina, se leía el nombre de *DOMBEY*, escrito, en verdad, con letras bien trazadas y finas. En el mismo cuarto se veían otras dos camitas semejantes con cartulinas en que decía en la una *BRIGGS* y en la otra *TOZER*.

Acababan de bajar al vestibulo cuando Pablo vió

al criado corto de vista que tan mortalmente había ofendido á mistress Pipchin, el cual, cogiendo un largo badajo, comenzó á repicar en un batintín que allí estaba colgado, con tanto brio y coraje como si se hubiera vuelto loco ó clamara venganza. En lugar de recibir una reprensión ó de ser metido inmediatamente en un encierro, el criado se fué muy tranquilo á sus ocupaciones dejando revolucionada la casa. Cornelia comunicó entonces á Pablo que aquella era una manera de prevenir que la comida estaría pronta dentro de un cuarto de hora y que tal vez haría bien en ir á reunirse con sus « amigos » en la clase.

Pasó Dombey con el mayor respeto por delante del gran reloj que tanto insistía en tener noticias de su salud, entreabrió la puerta de la clase dejando un poquito de sitio para pasar y se deslizó á la habitación como un niño perdido; luego cerró la puerta con gran dificultad y esfuerzo. Sus compañeros estaban dispersos en la clase, excepto el desgraciado inmóvil, que continuaba petrificado. Mister Feeder se desesperaba de tan buena gana, que parecía dispuesto á desgarrar las mangas aunque tuviese que pagar la com-postura.

— ¡Ojalá! — exclamó mister Feeder sacudiéndose como un caballo de tiro. — ¡A... a... a... ah! ¡Ya... ya...!

Alarmóse Pablo al ver de qué manera bostezaba mister Feeder; bostezaba en serio y en gran escala, de manera terrible. Todos los niños (excepto Toots) parecían exhaustos en tanto que se preparaban para comer; unos se apretaban las corbatas, que no estaban flojas por cierto; otros se lavaban las manos en una habitación inmediata, atusándose el pelo con un cepillo, pero ninguno se manifestaba presuroso.

El joven Toots, que siempre era el primero en estar listo, y que, por consiguiente, no tenía nada que hacer, se puso á conversar con Pablo, diciéndole con su buen natural:

— Siéntese usted, Dombey.

— Muchas gracias; — contestó Pablo.

Al mismo tiempo hacía Pablo toda clase de esfuerzos por encaramarse á una banquetta alta sin poderlo lograr. Esto puso á Toots en camino de un gran descubrimiento.

— Tiene usted muy pequeña estatura; — dijo Toots.

— Sí, señor, muy pequeña; — contestó Pablo. — Muchas gracias.

Estas gracias eran porque Toots le había ayudado á sentarse.

— ¿Quién es su sastre? — le preguntó Toots después de mirarle un momento.

— Es una mujer la que me ha hecho la ropa hasta ahora; — contestó Pablo. — La costurera de mi hermana.

— Mi sastre es Burgess y compañía; — dijo Toots. — Á la moda. Pero muy caro.

Pablo asintió moviendo la cabeza, como diciendo que bien se veía, y en realidad así lo pensaba.

— Su padre de usted es muy rico, ¿verdad? — dijo Toots.

— Sí, señor; — contestó Pablo; — es Dombey é hijo.

— Dombey, ¿y qué? — inquirió Toots.

— Dombey é hijo; — repuso Pablo.

Toots repitió para sus adentros dos ó tres veces el nombre de aquella razón social para grabarla bien en la memoria; pero, no habiéndolo conseguido, suplicó á Pablo que al día siguiente, por la mañana,

hiciera el favor de decirle otra vez el nombre, pues era importante conocerlo. Y la verdad es que tenía el propósito nada menos que de escribirse al momento una carta confidencial firmada de Dombey é hijo.

Entretanto, los demás alumnos (siempre excepto el petrificado) se habían reunido en torno de Pablo. Tenían modales distinguidos pero fisonomías tristes, hablaban bajo y estaban tan extenuados que, comparado con ellos, Bitherstone era un incorregible desahogado y un atrevido calavera.

— Va usted á dormir en mi cuarto, ¿no es cierto? — preguntó á Pablo un muchacho solemne, con un cuello almidonado que le llegaba hasta el lóbulo de las orejas.

— ¿El señor Briggs? — preguntó Pablo.

— Tozer; — contestó el joven.

Pablo contestó que sí, y Tozer señaló al muchacho petrificado diciendo que aquel era Briggs. Ya había presumido Pablo, sin saber por qué, que aquel joven tenía que ser ó Briggs ó Tozer.

— ¿Tiene usted buena constitución? — preguntó Tozer.

Pablo dijo que no le parecía tenerla. Entonces Tozer replicó que á él no le parecía tampoco, á juzgar por el exterior, y que era una lástima, pues allí se necesitaba. Luego le preguntó si iba á empezar los estudios con Cornelia, y como Pablo contestó que sí, al momento todos los chicos (excepto Briggs) lanzaron un profundo suspiro.

Este suspiro quedó en aquel instante ahogado por el estrépito del batintín que, tocando á rebato, puso á todos en movimiento hacia el comedor. Briggs, el alumno pétrico, fué el único que se quedó en la clase, sin cambiar de postura. En el camino se cruzó Pablo

con una rebanada de pan, gentilmente servida en un plato, con una servilleta y un tenedor de plata encima.

El doctor Blimber ocupaba ya su sitio en el comedor, á la cabecera de la mesa, y á sus lados mistress Blimber y miss Blimber. Mister Feeder, de frac, estaba á la otra punta. La silla de Pablo estaba puesta cerca de la de miss Blimber; al sentarse vino á quedar tan bajo, que el borde de la mesa casi le tocaba en la frente. Fué necesario poner una porción de libros para que Pablo estuviera más alto. Desde entonces, siempre se recurrió á igual procedimiento, de modo que á las horas de comer aparecía Pablo cargado con sus tomos, y llevárselos luego, como un pequeño elefante con torre.

Dicha por el doctor la oración de bendición de mesa, comenzó la comida. Componiase esta de una delicada sopa, carne asada, carne cocida, verduras, pasteles y queso. Cada discípulo tenía su cubierto de plata maciza y su servilleta, y todo el servicio se hacía de manera ceremoniosa y digna. Había, entre otros sirvientes, un mozo de comedor, de frac azul con botones brillantes, que sabía dar á la cerveza el aroma del vino: tan delicadamente escanciaba.

No hablaba nadie, como no se le dirigiera la palabra, excepto el doctor Blimber, mistress Blimber y miss Blimber que de cuando en cuando conversaban. Cuando un joven no tenía nada que hacer con la cuchara, el tenedor ó el cuchillo, irresistiblemente buscaba con la vista los ojos del doctor, de mistress Blimber ó de miss Blimber y se fijaba modestamente en ésta. El único que parecía constituir una excepción á la regla era Toots. Estaba sentado á la mesa, próximo á mister Feeder, del lado de Pablo, y como

los muchachos interpuestos entre uno y otro le impedían verle, frecuentemente se inclinaba adelante ó atrás para conseguirlo.

Una sola vez, durante la comida, recayó la conversación en asunto concerniente á los jóvenes. Fué el momento del queso, cuando el doctor, luego de tomar una copa de vino de Porto, tosió dos ó tres veces, y dijo :

— Es verdaderamente notable, señor Feeder, que los romanos...

Al oír el nombre de aquel terrible pueblo, su implacable enemigo, todos los jóvenes dirigieron la mirada al doctor, simulando el mayor interés. Uno de ellos que en aquel instante estaba bebiendo, acertó á percibir, á través del cristal del vaso, los brillantes ojos del doctor y, sobrecogido, se detuvo en el acto, tan de repente, que se quedó como estrangulado y empezó á toser convulsivamente cortando la palabra al doctor.

— Es verdaderamente notable, señor Feeder — prosiguió el doctor volviendo á su discurso, que los romanos, en aquellos sus soberbios y pródigos festines, de tiempo del Imperio, hayan alcanzado aquel lujo, aquella munificencia que no han llegado hasta nosotros. Las provincias eran realmente saqueadas con objeto de subvenir á los gastos de un banquete imperial...

El joven, que se ahogaba, haciendo esfuerzos para contenerse, no pudo esperar hasta el fin de la frase y rompió á toser con violencia.

— Johnson; — le dijo mister Feeder en voz baja, — beba usted un poco de agua.

El doctor, mirando con enojo, esperó á que trajeran el agua y luego continuó.

— Y cuando, señor Feeder...

Pero el señor Feeder, sabiendo que el doctor nunca interrumpía un período comenzado ante sus discípulos hasta completo agotamiento de la materia, y comprendiendo que Johnson podía estallar de un momento á otro, seguía fijo en éste. El doctor vió que Feeder no le miraba á él y, en consecuencia, se detuvo.

— Dispense usted; — se apresuró á decir mister Feeder, — dispense usted, señor doctor.

— Y cuando — continuó el doctor levantando la voz — la historia lo atestigua y no hay razón alguna para que dudemos de ello — por increíble que pueda parecer al vulgo de hoy; — cuando, repito, el hermano de Vitelio preparó una comida en que, de pescado, se sirvieron dos mil platos...

— Tome usted un poco de agua, Johnson. — Platos, señor; — dijo Feeder.

— De varias clases de aves, cinco mil platos...

— ... ó una corteza de pan; — dijo Feeder.

— Y un plato — prosiguió el doctor Blimber, cada vez más fuerte y desparramando la mirada por la mesa, — un plato, llamado, á causa de sus enormes dimensiones, « Escudo de Minerva », compuesto, entre otros varios ingredientes, de sesos de faisanes...

— Ején, ején, ején..., — tosió Johnson.

— Becadas...

— Ején, ején, ején...

— De huevas de un pescado llamado *scari*...

— Se le va á romper á usted alguna vena de la cabeza; — dijo mister Feeder. — Es mejor que no se contenga usted.

— ... y huevas de lamprea, traídas del mar de Capadocia; — prosiguió el doctor con su voz más severa. — Cuando leemos los detalles de unas

comidas tan costosas y recordamos que hubo un Tito...

— ¡Qué va á decir su madre si se muere usted de apoplejía! — murmuró Feeder.

— Un Domiciano...

— ¡Está usted amoratado! — dijo Feeder.

— Un Nerón, un Tiberio, un Calígula, un Heliogábalo y tantos otros, es verdaderamente notable, señor Feeder — si me concede usted el honor de escucharme, — es sorprendente, muy sorprendente...

Pero Johnson, no pudiendo resistir más tiempo, estalló en aquel instante en una tos tan violenta que no pudieron dominarla ni los repetidos golpes en la espalda que le dieron los dos compañeros inmediatos, ni el vaso de agua que le administró Feeder, ni los paseos que el mozo de comedor le hizo dar desde la silla al aparador y desde el aparador á la silla, como un centinela en su guardia. Sólo al cabo de cinco minutos logró rehacerse un poco. Luego hubo un profundo silencio.

— Señores; — dijo el doctor Blimber, — de pie para la acción de gracias. Cornelia, baja á Dombey — y quedó Pablo junto á la mesa, casi debajo de ella. — Johnson, mañana por la mañana, me repetirá usted de memoria, antes de almorzar, el primer capítulo de la Epístola de San Pablo á los Efesios, tomada del griego. Reanudamos los estudios, señor Feeder, dentro de media hora.

Los jóvenes saludaron y salieron del comedor. Feeder salió con ellos. Durante media hora se pasearon los jóvenes por un jardinillo, que era como el patio de la casa. Cogidos del brazo, dos á dos, conversaron, trataron de reanimar el corazón de Briggs, pero no jugaron á nada; hubiera sido cosa muy ordinaria.

Á la hora marcada, exactamente, resonó el batintín y todos volvieron al estudio bajo los auspicios reunidos del doctor Blimber y de mister Feeder.

Como aquellos juegos Olímpicos de conversación en el jardinillo, se habían abreviado á causa del incidente de Johnson, salieron de paseo, fuera, antes del te. Biggs también salió, aunque su trabajo no estaba ni empezado; pero no tomó parte en distracción alguna, excepto la de mirar dos ó tres veces por encima de las rocas, sin ver nada. El doctor Blimber salió con sus discípulos y Pablo tuvo el honor de ir al lado del doctor mismo: honrosa distinción que sirvió para poner más en evidencia la pequeñez de Pablo.

Sirvióse el te con iguales ceremoniosas formas que la comida y después del te los jóvenes se levantaron y se fueron, unos á concluir los trabajos del día, otros para comenzar los del siguiente. Entretanto, Feeder se retiró á su cuarto y, Pablo, sentado en un rincón, se puso á cavilar si Florencia se acordaría de él y qué es lo que haría en aquellos momentos mister Pipchin.

Mister Toots, que había sido detenido por una importante carta del duque de Wellington, descubrió, finalmente, á Pablo y, habiéndole contemplado largo rato, como antes, le preguntó si le gustaban los chalecos.

— Sí, señor; — contestó Pablo.

— También á mí; — dijo Toots.

Y con esto ya no volvió á hablar Toots una palabra en toda la tarde; pero miró diferentes veces á Pablo. Como el estar allí constituía una ocupación para Pablo y como, además, no tenía ganas de hablar, no echó de menos la conversación.

Á cosa de las ocho hubo nuevo toque de batintín, convocando en el comedor, para las oraciones. El criado de frac azul estaba de pie junto á la mesa, en que se se hallaba servido pan, queso y cerveza para los jóvenes que quisieran tomar aquella colación. El doctor puso término á estas ceremonias diciendo: « Señores, reanudamos los estudios mañana, á las siete de la mañana. » Por primera vez encontró entonces Pablo los ojos de miss Blimber, que le miraban.

Y cuando el doctor hubo dicho aquellas palabras: « Señores, reanudamos los estudios mañana, á las siete de la mañana. » Los alumnos saludaron de nuevo y se retiraron á acostarse.

En la conversación confidencial que tuvieron al encontrarse en su dormitorio les dijo Briggs que le dolía mucho la cabeza, como si se le abriese; y que se querría morir, si no fuera pensando en su madre y en un mirlo que tenía en su casa. Tozer no dijo mucho, pero lanzó grandes suspiros y previno á Pablo que se pusiera en guardia, porque su turno le tocaba al siguiente día. Después de estas palabras proféticas se desnudó tristemente y se metió en la cama. Briggs se había acostado y Pablo también, cuando el criado miope entró en el dormitorio á recoger la vela, lo que hizo dando las buenas noches y deseándoles agradables sueños. Pero fueron vanos estos buenos deseos en lo concerniente á Briggs y Tozer, pues Pablo, que estuvo desvelado largo rato y luego se despertó diferentes veces, notó que Briggs soñaba con sus lecciones como si fueran una pesadilla, y en cuanto á Tozer, también tenía iguales sueños, aunque en menor grado, hablando lenguas desconocidas, trozos de griego y de latín — para Pablo lo mismo daba, —

cosa que en el silencio de la noche producía un efecto temeroso y siniestro.

Pablo se durmió al fin, con sueño tranquilo. Soñó que se paseaba por hermosos jardines cogido de la mano por Florencia y que, llegando junto á un hermoso girasol, se abrió la flor de pronto, como un batintín que comenzó á sonar. Abrió entonces los ojos y vió que empezaba un amanecer oscuro, con viento fuerte y lluvia: y era cierto que resonaba el batintín, abajo, dando la señal de levantarse.

Saltó en seguida de la cama y halló á Briggs con los ojos hundidos, que casi no se le veían, por la hinchazón de la cara, efecto de la terrible pesadilla. Estaba calzándose. Tozer tiritaba y de malísimo humor se estaba restregando las espaldas. El pobre Pablo empezó á vestirse con gran dificultad, porque no tenía la costumbre de hacerlo por sí solo. Así, preguntó á sus compañeros si tendrían la amabilidad de atarle algunos cordones, que él no podía. Pero como Briggs le contestó: « ¡ Déjeme en paz! » y Tozer exclamó: « ¡ Ya, ya! », tuvo que bajar á medio vestir, hasta el primer piso, donde acertó á encontrar una lista criada con guantes puestos; estaba limpiando la estufa. Aquella criadita se quedó sorprendida al ver á Pablo, de tal manera pergeñado y le preguntó dónde estaba su madre. Pablo contestó que estaba muerta. Al oír esto la joven se quitó los guantes y arregló la ropa de Pablo, le restregó las manos para que entraran en calor, le dió un beso, le dijo que se llamaba Melia y que siempre que tuviera necesidad de alguna cosa preguntara por ella, que le serviría. Pablo le dió gracias repetidas y dijo que ciertamente contaría con ella. Luego prosiguió su descenso por la escalera, lentamente, dirigiéndose hacia el cuarto donde estu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

Inda. 1625 MONTERREY, MEXICO



diaban sus compañeros ; pero al pasar delante de una puerta que estaba entornada oyó una voz que preguntaba : « ¿Es Dombey? ». Pablo contestó: Sí, señora », pues conoció la voz de miss Blimber. Y miss Blimber dijo : « Entre usted, Dombey », y entró.

Miss Blimber presentaba exactamente el mismo aspecto que en el día anterior, con la única diferencia de que tenía un chal. Sus rizos estaban más encrespados que nunca y sus gafas se hallaban ya en su sitio, de modo que Pablo imaginó que acaso se acostara con ellas. Aquella habitación era una salita donde había bastante libros, pero no lumbré. Pero Blimber no tenía nunca ni frío ni ganas de dormir.

— Ahora, Pablo — dijo miss Blimber, — voy á salir por la reacción.

Pablo se preguntó qué reacción sería ésta y si no valdría más, con semejante tiempo, que fuera un criado á buscarla ; pero no hizo observación alguna á este respecto, pues su atención se fijó por entero en una pila de libros nuevos que, al parecer, miss Blimber acababa de examinar.

— Son para usted, Dombey ; — dijo mis Blimber.

— ¿ Todos esos? — repuso Pablo.

— Sí ; — contestó miss Blimber, — y mister Feeder le buscará otros más muy pronto si es usted estudioso, como espero.

— Muchas gracias, señora ; — dijo Pablo.

— Voy á salir por la reacción — añadió miss Blimber. — Mientras estoy fuera, es decir, hasta la hora de almorzar, es preciso, Dombey, que lea usted lo que he señalado en esos libros : luego me dirá usted si entiende bien lo que ha de estudiar, no pierda usted tiempo, Dombey, porque no ha de sobrarle : cójalos usted y bájelos en seguida.

— Sí, señora ; — dijo Pablo.

— Puso una mano bajo el libro de abajo de la pila ; otra mano sobre el libro de encima y apoyó sobre la mano la barbilla ; apretó los libros cuanto pudo contra su pecho ; pero eran tantos que el tomo de en medio se escurrió antes de llegar á la puerta y todos los demás cayeron por el suelo.

— ¡ Oh, Dombey, Dombey, qué poco cuidado tiene usted ! — exclamó miss Blimber recogiendo los tomos y poniéndolos de nuevo en pila.

Esta vez los balanceó Pablo con equilibrio y pudo salir con ellos del cuarto y bajar algunos escalones ; pero antes de llegar al primer piso ya se le habían caído dos libros. Entonces apretó más aún y llegó á la clase con la satisfacción de no haber vuelto á perder más que uno en el primer piso y otro en el vestibulo. Dejó en la clase los que llevaba y salió en busca de los extraviados. Reunida, al fin, su biblioteca, se encaramó á su silla y se puso á trabajar, animado por la observación que le hizo Tozer de que « ya estaba metido en harina ». Y fué la única interrupción hasta la hora de almorzar. Comió Pablo sin apetito ; la comida ceremoniosa, como de ordinario, terminó y entonces subió Pablo con su profesora al cuarto de ésta.

— Veamos, Dombey ; — dijo miss Blimber. — ¿ Qué me dice usted de los libros ?

Aquellos libros contenían un poco de inglés y un mucho de latín — nombres de cosas, declinación de artículos y substantivos, con ejercicios de aplicación y reglas preliminares, — algo de ortografía, una ojeada sobre la historia antigua, dos ó tres sobre la moderna, unas tablas aritméticas, dos ó tres cuadros de pesas y medidas y una pequeña información gene-

ral. Cuando el pobre Pablo llegó al número dos advirtió que ya no tenía idea del número uno, luego los fragmentos de este número vinieron á obstruir el número tres que se escurrió por el número cuatro para engancharse él mismo con el número dos. De modo que hubiera cabido preguntarle si veinte Rómulos hacen un Remo, ó si el adjetivo *hic haec, hoc* era un peso para metales preciosos, si un verbo puede concordar con un antiguo bretón, si tres veces cuatro hacen la Osa mayor y otras preguntas semejantes.

— ¡Oh, Dombey, Dombey! — dijo miss Blimber — esto es horrible.

— Dispense usted; — dijo Pablo, — pero me parece que si me dejara usted hablar un rato con el viejo Glubb, lo haría yo mucho mejor.

— Es insensato eso, Dombey; — contestó miss Blimber. — No quiero volver á oír hablar de ello. No hay aquí sitio para Glubbs de ninguna especie. Lo que tiene usted que hacer es bajar los libros, uno por uno, de modo que se vaya usted dando cuenta por turno en el estudio de cada día: el tema A antes de pasar al tema B. Tome usted ahora el libro de encima, Dombey, y vuelva usted cuando sepa ya esa materia.

Miss Blimber expresó sus opiniones respecto al estado de ignorancia de Pablo con cierta complacencia, como si ya hubiese sabido aquel resultado, gustándole pensar que así habrían de estar en comunicación constante. Pablo se retiró con el libro, con su libro, según las instrucciones de su maestra, y trabajó con tenacidad. Á veces se acordaba de todas las palabras de la lección. Á veces las olvidaba todas y por añadidura todo cuanto sabía. Por último, se resolvió á subir para dar la lección, pero cuando se encontró en presencia de la profesora y vió que

ésta cerraba el libro diciendo: «Empiece usted, Dombey», notó que, de repente, la lección se le borraba de la memoria. Cerrar el libro para dar la lección era dar una prueba de saber tal que no acertaba á comprenderlo.

Sin embargo, salió bastante bien de la prueba y miss Blimber, felicitándole, le dijo que prometía adelantar de prisa. Inmediatamente le hizo pasar al tema B, luego pasó al C y, finalmente, al D, antes de comer. Duro trabajo era ponerse á estudiar después de comer; Pablo tuvo vahídos, somnolencia, pesadez de cabeza, pero los demás jóvenes pasaban por iguales sensaciones sin que por esto dejaran de ponerse á estudiar. Aunque no podía servirle de consuelo, es lo cierto que el reloj del vestibulo en vez de ser constante en su primitiva pregunta hubiera podido decir: «Señores, vamos á reanudar nuestros estudios», de tal manera se repetía esta frase en derredor suyo. Giraban los estudios como si se tratara de una potente rueda movida sin cesar por jóvenes agarrados á ella.

Después del te, vinieron otros ejercicios y preparaciones para el siguiente día, trabajando de noche. En punto á la hora señalada para acostarse, todos se recogieron en sus cuartos, donde, excepto la preocupación que les hacía soñar con sus estudios, nada les molestaba en su descanso.

¡Oh sábados, oh felices sábados en que por la tarde venía Florencia, sin que la detuvieran ni vientos ni lluvias! Ya podía gritar mistress Pipchin, y alborotarse todo cuanto quisiera: Florencia no faltaba á la cita. No era el sábado únicamente fiesta para los judíos: lo era también al menos para dos cristianitos que hallaban en el día sagrado la ocasión

de estrechar el vínculo de cariño entre un hermano y una hermana.

Los domingos se amargaban con el pensamiento de tener que comenzar la vida ordinaria al siguiente día; pero los sábados estaban exentos de esta causa de pena. Florencia y Pablo iban á sentarse á la orilla del inmenso mar, ó se paseaban por la playa; pero aunque el mal tiempo les hiciera acogerse á la sala de mistress Pipchin, era lo mismo: no se interrumpía su contento, y Florencia apoyando en su brazo la cabecita de su hermano le cantaba canciones y ambos permanecían indiferentes á cuanto los rodeaba. Así, cuando llegaba la noche del domingo, y la puerta de casa del doctor se abría para tragarse á Pablo por otra semana, éste no veía más sino que había llegado el momento de separarse de su hermana.

Mistress Wickam no estaba ya en Brighton; había tornado á su servicio en la casa de Londres. En su lugar y para el cuidado de Florencia se encontraba, en casa de mistress Pipchin, la niñera Nipper, que ya estaba hecha una espigada joven. Notables eran las peleas, generalmente sordas, entre mistress Pipchin y Susana: por una vez, la vieja había encontrado con quien habérselas. Desde el primer día en que Susana se despertó en casa de la buena señora, se entabló el duelo á muerte: Susana quiso la pelea, la guerra á todo trance. Mistress Pipchin se halló desde aquel mismo instante sujeta á vivir en medio de emboscadas, asechanzas, sorpresas y retos: atacábanla en los pasillos, no la servía de defensa estar comiendo las chuletas y no la garantizaba contra el desastre el delicioso momento de las tostadas.

Miss Nipper había vuelto un domingo, por la noche, con Florencia, de llevar á Pablo á casa del

doctor, cuando la niña, sacando un papelito que llevaba en el pecho y en el que se hallaban escritas con lápiz algunas líneas, dijo á su aya:

— Mira, Susana; estos son los títulos de los libros que trae mi hermano para estudiar y preparar sus trabajos. Los he copiado la otra noche mientras él escribía.

— No los quiero ver, señorita; — exclamó Susana; — es como si viera á mistress Pipchin.

— Es que quiero, Susana, que me los compres mañana temprano: tengo con qué pagarlos.

— ¡Bendito sea Dios! — repuso Susana. — ¿Para qué quiere usted más libros, usted que tiene tantos, y maestros y maestras que es un nunca acabar? Por supuesto que, para mí, señorita Florencia, mister Dombey no hubiera metido á usted en tantos estudios si usted no lo hubiese pedido; deseándole usted, claro está que no podía negárselo: no es lo mismo conceder lo que se pide que ofrecer lo que no se ha solicitado. Yo, por ejemplo, puedo muy bien no rehusar mi consentimiento á un joven que pretenda ser mi novio; podré decirle, « con mucho gusto, caballero. » Pero no es lo mismo que si yo fuera á decirle « caballero ¿ quiere usted hacer el favor de quererme? »

— En fin, Susana, me puedes tú comprar estos libros: estoy segura de que querrás comprármelos cuando sepas por qué los necesito.

— Bueno: pues dígame para qué los quiere; — contestó Susana añadiendo en voz baja; — si fuera para tirárselos á la cabeza á mistress Pipchin, le compraría aunque fuese un carro lleno.

— Si yo tuviera esos libros; — dijo Florencia; — conseguiría probablemente ayudar á Pablo y le sería

menos penosa la preparación de los ejercicios de la semana. Cómpramelos, Susana, te lo ruego, y ten la seguridad de que no olvidaré nunca este favor que me haces.

Necesitábase un corazón más duro que el de Susana Nipper para rechazar el bolsillito que Florencia alargaba diciendo estas palabras y para resistir á la suplicante mirada que acompañaba á esta petición. Susana se guardó el bolsillito sin añadir palabra y se lanzó á la calle para dar cumplimiento á aquel encargo.

No eran fáciles de encontrar aquellos libros. Recorrió Susana una porción de librerías, donde le dijeron, en unas que acababan de vender los últimos ejemplares, en otras que nunca los habían tenido, ó que los habían tenido el mes pasado ó que iban á tenerlos la próxima semana. No se desanimó por esto la joven; por el contrario, persistiendo en su empresa se acordó de un dependiente de cierto gabinete de lectura de que ella era parroquiana; fué en busca de aquel dependiente, joven, de pelo rubio casi blanco, revestido de un mandil de percal negro; le instó á que la acompañara en sus pesquisas, le llevó, le paseó por todas partes y, al fin, el pobre dependiente, por verse libre de Susana, se tomó un trabajo impropio y consiguió los famosos volúmenes con los que Susana volvió triunfante á casa.

En posesión de aquel tesoro, después de las lecciones correspondientes al día, Florencia trabajaba de noche para seguir á Pablo, paso á paso, por el camino del saber; y como tenía gran capacidad natural y además iba guiada por el mejor de los maestros, que es el cariño, pronto alcanzó á su hermano y hasta le fué dejando atrás.

Mistress Pipchin no supo ni una palabra de esto; pero más de una noche, cuando todo estaba en silencio, cuando miss Nipper, puestos los papelillos para rizarse el pelo, dormía sin sospecharse nada, cuando se extinguían los últimos rescoldos de la lumbre trocándose en ceniza, cuando se consumían las velas corriéndose por los candeleros, Florencia trabajaba para mantenerse á la altura de un pequeño Dombey con tanta tenacidad y perseverancia que casi hubiera tenido derecho á ostentar ella misma aquel nombre.

Mas también tuvo elevada recompensa un sábado cuando habiéndose puesto Pablo á repasar sus correspondientes estudios, Florencia se sentó á su lado, haciendo que le pareciera fácil lo que tenía por difícil, y claro y sencillo lo que le parecía oscuro. No tuvo Pablo más que una rápida mirada, un sonrojo, una sonrisa y luego un estrechísimo abrazo: pero bien sabe Dios de qué manera se conmovió el corazón de Florencia y cuán pagada se consideró de sus esfuerzos.

— ¡Oh, Florencia! — exclamó su hermano; — ¡cuánto te quiero, cuánto te quiero!

— ¡Y yo también!

— Sí, sí; estoy seguro.

Y no dijo más Pablo, pero toda la tarde estuvo sentado al lado de su hermana muy quieto; y por la noche, cuando estuvo acostado en su cuartito, junto al de su hermana, por tres ó cuatro veces le repitió aquellas palabras cariñosas.

Á partir de aquel día, con toda regularidad, estaba Florencia para sentarse al lado de su hermano los sábados y explicaba por adelantado el trabajo de la semana siguiente. Aquella consoladora idea de que

Florencia había efectuado la labor antes que él, habría bastado á Pablo para alentarle y estimularle en aquellos perpeftuos estudios; pero, además, sentiale aliviado del peso, merced á las explicaciones de Florencia, y quizás, gracias también á éstas, dejó de sucumbir bajo la carga que Cornelia Blimber amontonaba en sus espaldas.

Y no era que miss Blimber gustara de hacer trabajar demasiado á sus alumnos, en general. Cornelia no hacía más que acomodarse á los principios en que estaba educada, y el doctor, en su particular confusión de ideas, consideraba á los jóvenes como otros tantos doctores que hubieren nacido ya sapientes. Fortalecido por el aplauso de las personas relacionadas con los jóvenes é impulsado por su vanidad y su inconsiderado deseo de adelantar mucho, no podía descubrir el doctor su equivocación y, en realidad, lo raro hubiera sido que tomara otra dirección, cuando en aquella parecía llevar viento en popa.

Sin embargo, el caso de Pablo era otro. Cuando el doctor Blimber decía que éste había adelantado mucho y que tenía disposición natural, mister Dombey deseaba siempre que se le impulsara y llevara adelante cuanto más se pudiera. En el caso de Briggs, cuando el doctor Blimber exponía que no adelantaba cosa alguna y que no tenía dotes naturales, su padre era inexorable en sus propósitos. De esta manera, la temperatura que daba el doctor á su estufa nunca se consideraba excesiva, ni se tenía por perjudicial en el concepto de los propietarios de las plantas, siempre dispuestos á poner en movimiento el fuelle y á atizar el fuego.

Con semejante tratamiento, no tardó en perder Pablo los pocos ánimos que tenía al principio. No re-

tuvo sino lo que era en él extraño, viejo en pensamiento y carácter: las circunstancias en que se hallaba no podían menos de favorecer aquellas tendencias, de modo que se hizo aún más extraño, más viejo, más contemplativo que antes.

La única diferencia era que se iba ensimismando más y más. De día en día se hacía más contemplativo y reservado. No tenía aquella curiosidad que había manifestado en casa de mistress Pipchin; lo relativo á las personas de casa del doctor le dejaba en la mayor indiferencia. Le gustaba estar solo. El poco tiempo que se veía desembarazado de los libros, su distracción era pasear solo por la casa, sentarse en la escalera á escuchar el reloj del vestibulo. Había intimado con el papel que recubría las paredes en cada habitación: veía en sus dibujos cosas que sólo él distinguía; miniaturas de tigres y leones rampantes por las paredes de la alcoba; caras que hacían muecas en los cuadros y trazos poligonales de la alfombra.

Así soñaba aquel niño solitario, rodeado de las fantásticas creaciones de su imaginación sin ser creído de nadie. Mistress Blimber decía que era « raro » y algunos criados pensaban que el pequeño Dombey estaba triste; y de esto no pasaba.

Únicamente el joven Toots tenía alguna idea á este respecto, pero no sabía expresarla. Las ideas, lo mismo que los duendes (aceptando la común noción de estos seres), quieren que se les dirija la palabra antes de decir por su parte algo. Toots había renunciado, de largo tiempo atrás, á dirigirse preguntas á sí mismo. Acaso se desprendía de su mente algún vapor confuso que, desarrollándose en su cráneo y adquiriendo forma, hubiera sido hasta ingeniosa;

pero no se desarrollaba y era como aquel humo de que habla el cuento del árabe, que estaba como suspendido encima de su cabeza, dando sombra á su espíritu. Sin embargo, veía una casita pequeña á través de la bruma y no separaba Toots la vista de ella.

— ¿Cómo está usted? — preguntaba á Pablo cincuenta veces al día.

— Muy bien, gracias; — respondía Pablo.

— Apretón de manos; — decía algunas veces Toots, atreviéndose á esto.

Pablo tendía la mano en seguida. Entonces Toots, después de tener cogida la mano un largo rato, mirando á Pablo, volvía á preguntar: « ¿Cómo está usted? » y Pablo contestaba otra vez: « Muy bien, gracias ».

Una tarde estaba sentado Toots á su mesa, atareado con su correspondencia, cuando se le ocurrió, de pronto, una gran idea. Dejó la pluma y fué en busca de Pablo, á quien halló, después de larga pesquisa, distraído en mirar por la ventana de su cuarto.

— Dígame; — dijo Toots sin esperar á más, temeroso de que se le olvidara lo que quería preguntar; — ¿en qué piensa usted?

— ¡Oh! yo pienso en muchas cosas; — contestó Pablo.

— ¡Cómo! — exclamó Toots, sorprendido de aquella multiplicidad que no se le alcanzaba.

— ¿Si tuviera usted que morir? — dijo Pablo mirándole fijamente á la cara.

Quedóse Toots parado y confuso.

— ... ¿No le gustaría que fuera en una noche de luna, bajo un cielo estrellado y en medio de una brisa suave como la que teníamos anoche?

Toots movió la cabeza como quien no está decidido á admitir un supuesto desagradable y, mirando á su compañero, repuso que no sabía nada.

— No habiendo, — añadió Pablo, — sino una ligera brisa, que murmuraba como el mar en las conchas. Una noche magnífica. Estuve escuchando el ruido del agua mucho tiempo. Luego fui á contemplar el mar. Vi una barca, á lo lejos, iluminada por la luz de la luna: una barca á la vela.

El niño hablaba con tanta animación y miraba con tanta fijeza que Toots se vió obligado á decir algo acerca de la barca: « contrabandistas ». Pero recapacitando que siempre conviene examinar las cuestiones por sus diferentes aspectos, añadió: « aduaneros ».

— Una barca á la vela; — repitió Pablo, — y la vela estaba bañada por la luz de la luna, era como un brazo tendido, todo de plata. Fué desapareciendo, á lo lejos. ¿Y sabe usted lo que iba haciendo al moverse sobre las olas?

— Naufragio; — dijo Toots.

— Iba llamándome, haciéndome señal de que la siguiera... ¡ Ahí está, ahí está !

Asustado Toots por esta exclamación, después de semejante relato, gritó: « ¡ Quién ! »

— Mi hermana Florencia; — exclamó Pablo. — Es mi hermana que pasa mirándome y me saluda con la mano. Me mira, me mira... Buenas noches, hermana, buenas noches, buenas noches!

Y con aquella transición se quedó gozoso á la ventana, palmoteando y enviando besos con la mano. Pero cuando perdió de vista á Florencia, apareció sombrío, con su carita melancólica: tan repentino cambio no podía pasar inadvertido ni aun á la escasa penetración de Toots. Aquella entrevista fué interrumpida por mistress Pipchin, que venía á visitar á Pablo, con sus tenebrosas faldas negras, dos ó tres

veces por semana, y justamente á la hora del crepúsculo. Toots no encontró oportunidad de saber más en aquella ocasión, pero lo que había visto fué bastante para producirle una profunda impresión, pues luego de las usuales cortesías aún se atrevió por dos veces á preguntar á mistress Pipchin cómo estaba. La irascible vieja se imaginó que aquella era una ofensa premeditada y una diabólica invención del criado corto de vista. De modo, que aquella misma noche dirigió una formal queja al doctor Blimber, el cual previno á su criado que, si otra vez acontecía semejante cosa, se vería obligado á despedirle de la casa.

Como se iban haciendo largas las tardes, Pablo subía á su cuarto y se asomaba á la ventana para ver pasar á su hermana todos los días á hora fija. Si pasaba Florencia y no estaba su hermano, volvía á pasar hasta que por fin se veían. Aquel mutuo reconocimiento era como un rayo de sol en el alma de Pablo. Á menudo también, á la caída de la tarde, otra persona se paseaba sola ante la casa del doctor. Pocas veces se presentaba ahora de visita los sábados; ya no se atrevía: prefería vagar como un desconocido, mirar á las ventanas de la habitación de su hijo, donde éste iba adquiriendo las cualidades de hombre; y allí esperaba, velaba, formaba planes, concebía esperanzas.

¡ Ah, mas si hubiese podido ver, ver como los demás, á aquel débil muchacho, pasear, á la caída de la tarde, sus ojos inflamados por las olas y el cielo! ¡ Si le hubiese visto asomarse ansioso á la ventana de su jaula solitaria, cuando los pájaros revoloteaban cerca de ella y como si él también quisiera imitarlos y tender libremente las alas!...

## CAPÍTULO XIII

### INFORMES POR VÍA MARÍTIMA Y ASUNTOS COMERCIALES

Las oficinas de mister Dombey estaban situadas en una travesía. Una frutería, tienda ya viejísima, ocupaba la esquina. En el arroyo, á derecha é izquierda, estacionaban todo el día, de diez á cinco, una porción de vendedores ambulantes que ofrecían á los transeuntes zapatillas, cuadernos de apuntes, esponjas, collares para perros, jabón de Windsor y algunas veces un perro de caza ó un cuadro al óleo.

El perro de caza venía allí á causa de la proximidad de la Bolsa, pues sabido es que la caza, por ser afición de gente rica, se halla muy al uso entre bolsistas. Los demás artículos se dirigían al público en general; pero nunca se ofrecían los vendedores á mister Dombey. Cuando éste aparecía, los vendedores le dejaban paso con respeto. El principal de ellos, que era el de los collares para perro, y que se consideraba á sí mismo con cierto carácter público, por estar expuesto su retrato á la puerta de la casa de un artista en la plaza de Cheapside, se llevaba la mano al sombrero cuando pasaba mister Dombey. El recaudero, estaba en su puesto por no tener ningún encargo que cumplir en aquel momento, no dejaba de